

Un proceso contradictorio: significar / des-significando. Se tachan lexemas, estructuras léxicas y sintácticas pero no todas sus posibilidades semánticas. Como dice Laura López Fernández: “Se trata de una "escritura" que consta de una escritura original y una "excritura" que es la tachadura.” El trazo grueso del marcador, dejando líneas horizontales puebla el paisaje institucional del “libro”. “La palabra impresa es Ley” reza el refrán popular. El gesto de tachar atenta contra “el sistema cultural y artístico de masas que estamos viviendo”. Es un gesto de soberbia, una reconstrucción que pasa por alto “las buenas costumbres” y los derechos (que antes del autor, son de las editoriales). Citando nuevamente a Laura López, decimos: “La tachadura atenta contra el lujo de signos que existen en la vida moderna creando antipoemas, antilibros, antitextos y en definitiva un antiarte. Una Ex – critura, (también una ex – criatura) es una mutación, una clonación en la que la cadena genética (texto) se modifica, con un gesto soberbio, decíamos, el gesto del censor, pero a diferencia de este que suprime información con el fin de mantener el status quo, controlar el desarrollo de una sociedad, o suprimir la disconformidad de un pueblo; la supresión busca la generación de una nueva realidad, de una nueva cadena informativa, que nace de un texto completamente ajeno a la nueva finalidad.

Juan Angel Italiano

Hay diversas maneras de buscar y conseguir esa --
 unión. El hombre puede intentar ligarse o unirse con el --
 mundo mediante la sumisión a una persona, a un grupo,
 a una institución, a Dios. De ese modo, trasciende el ais-
 lamiento de su existencia individual convirtiéndose en par-
 te de alguien o de algo más grande que él, y siente su ---
 identidad en relación con el poder a que se ha sometido. --
 Otra posibilidad de vencer el aislamiento se encuentra en --
 dirección contraria: el hombre puede intentar unirse con --
 el mundo adquiriendo poder sobre él, haciendo de los --
 demás partes de sí mismo, trascendiendo así su existen- --
 cia individual mediante el dominio o poderío. El elemento --
 común a la sumisión y el dominio es la naturaleza simbióti-
 ca de la relación. Las dos personas afectadas han perdido --
 su integridad y su libertad; viven la una de la otra y la una --
 para la otra, satisfaciendo su anhelo de intimidad, pero su-
 fiendo por la falta de fuerza y de confianza interiores, que --
 requieren libertad e independencia, y además están cons- --
 tantemente amenazadas por la hostilidad consciente o in- --
 consciente que nace de la relación simbiótica*. La pasión --
 de sometimiento (masoquista) o de dominio (sádica) nunca --
 puede satisfacerse. Poseen ambas un dinamismo autopro- --
 pulsor, y como ningún grado de sumisión o de dominio (o --
 presión, o fama) basta para producir la sensación de iden-
 tidad y unión, se busca una sumisión o un dominio cada ---
 vez mayores. El resultado definitivo de esas pasiones es --
 la derrota. No puede ser de otra manera: mientras tales --
 pasiones tienden a crear la sensación de unión, destruyen --
 la sensación de integridad. La persona dominada por cual-
 quiera de esas pasiones en realidad se hace dependiente de --
 los demás; en vez de desarrollar su propio ser individual, --
 depende de aquellos a quienes se somete o a quienes domi-
 na.

 * Véase el análisis más detallado de la relación simbiótica
 en E. Fromm, *Escape from Freedom* (trad. esp., *Miedo a la libertad*), Rinehart & Company, Inc., Nueva --
 York, 1941, pp. 141 ss.

La necesidad de una estructura orientadora existe en dos planos. La necesidad de orientación primera y -- más fundamental es disponer de alguna estructura orientadora aparte de que sea verdadera o falsa. Si el hombre no tiene una estructura orientadora subjetivamente satisfactoria, no puede vivir saludablemente. En el segundo plano, la necesidad consiste en estar en contacto con la realidad mediante la razón, en captar el mundo objetivamente. Pero la necesidad de desarrollar la razón no es tan inmediata como la de tener alguna estructura orientadora, ya que lo que en este último caso está en juego para el hombre es su felicidad y su tranquilidad, y no su salud mental. Se verá esto muy claramente si estudiamos la función de la racionalización. Por irracional o inmoral que sea una acción, el hombre siente un impulso insuperable a racionalizarla, esto es, a demostrarla a sí mismo y a los demás que su acción estuvo determinada por la razón, por el sentido común, o al menos por la moral convencional. No tiene dificultad en obrar irracionalmente, pero le resulta casi imposible no darle a su acción la apariencia de una motivación razonable.

Si el hombre no fuera más que un intelecto descarnado, conseguiría su objetivo con un sistema amplio de ideas. Pero como es una entidad dotada de cuerpo y de alma, tiene que reaccionar contra la dicotomía de su existencia no sólo pensando, sino con el proceso total de la vida, con sus sentimientos y sus acciones. De aquí -- que todo sistema satisfactorio de orientación contenga no sólo elementos intelectuales, sino también elementos sensoriales y sentimentales, que se manifiestan en la relación con un objeto de devoción y vinculación afectiva.

La satisfacción que obtenga la necesidad que siente el hombre de un sistema de orientación y un objeto de devoción puede ser muy diferente en contenido y en forma. Hay sistemas primitivos, como el animismo y el totemismo, en que a la búsqueda de sentido que realiza el hombre corresponden los objetos naturales o los antepasados. Hay sistemas no deístas, como el budismo, que suelen llamarse religiones aunque en su expresión ori-

Sólo hay una pasión que ~~satisface~~ la necesidad que siente el hombre de ~~unirse con el mundo~~ y de tener al mismo tiempo una sensación de integridad e individualidad, y esa pasión es el amor. El amor es unión con alguien o con algo exterior a uno mismo, a condición de ~~retener~~ la independencia e integridad de sí mismo. Es un sentimiento de coparticipación, de comunión, que permite el pleno despliegue de la actividad interna de uno. La experiencia amorosa elimina la necesidad de ilusiones. No es necesario hinchar la imagen de la otra persona, o la de mí mismo, ya que la realidad de la coparticipación y del amor activos me permite trascender mi existencia individualizada y al mismo tiempo sentirme a mí mismo como portador de las fuerzas activas que constituyen el acto de amor. Lo importante es la cualidad particular del amor, no el objeto. Hay amor en el sentimiento humano de solidaridad con nuestros prójimos, en el amor erótico de hombre y mujer, en el amor de la madre al hijo, y también en el amor por sí mismo como ser humano; y en el sentimiento místico de unión. En el acto de amor, yo soy uno con todo y, sin embargo, soy yo mismo, un ser humano singular, independiente, limitado, mortal. En realidad el amor nace y vuelve a nacer de la misma polaridad entre aislamiento y unión.

El amor es un aspecto de lo que he llamado orientación productiva: la relación activa y creadora del hombre con su prójimo, consigo mismo y con la naturaleza. En la esfera del pensamiento, esta orientación productiva se manifiesta en la comprensión adecuada del mundo por la razón. En la esfera de la acción, la orientación productiva se manifiesta en el trabajo productivo, cuyos prototipos son el arte y los oficios. En la esfera del sentimiento, la orientación productiva se expresa en el amor, que es el sentimiento de la unión con otra persona, con todos los hombres y con la naturaleza, a condición de que uno conserve la sensación de integridad e independencia. En el sentimiento del amor se da la paradoja de que dos personas se funden en una y siguen siendo dos, al mismo tiempo. En este sentido, el amor no se restringe jamás a una sola persona, y a nadie más, si mi

personas afectadas es de desigualdad: el niño es un desvalido y depende de la madre. Para crecer tiene que hacerse cada vez más independiente, hasta que ya no necesite a la madre. Así la relación madre-hijo es paradójica y, en cierto sentido, trágica. Requiere el amor más intenso por parte de la madre, y no obstante ese mismo amor -- debe ayudar al hijo a alejarse de ella y a hacerse totalmente independiente. Es fácil para cualquier madre amar a su hijo antes de que haya empezado este proceso de separación; pero la mayor parte de ellas fracasan en amar al hijo y al mismo tiempo dejarlo irse, queriendo que se vaya.

En el amor erótico (griego: eros; hebreo: ahava, -- de la raíz "ardor") está implicada otra tendencia: la de la fusión y la unión con otra persona. Mientras el amor fraterno se dirige a todos los hombres y el amor materno -- al hijo y a todos los que necesitan nuestra ayuda, el amor erótico se dirige a una sola persona, por lo común del sexo opuesto, con quien se desea la fusión y la unión. El amor materno empieza por la unión y termina con la separación. Si se sintiera en el amor materno la necesidad de fusión, significaría la destrucción del hijo como ser independiente, ya que el niño necesita salir de su madre y no permanecer atado a ella. Si el amor erótico carece de amor fraterno y es sólo motivado por el deseo de fusión, es deseo sexual sin amor, o una perversión del amor como las que hallamos en las formas sádica y masoquista del "amor".

Sólo podemos comprender plenamente la necesidad que siente el hombre de relacionarse con los demás si pensamos en las consecuencias de la falta de toda clase de relaciones, si nos damos cuenta de lo que significa el aislamiento. La única realidad de que puede tener experiencia el niño es su propio cuerpo y sus necesidades fisiológicas, y la necesidad de calor y afecto. Aun no siente el "yo" como independiente del "tú". Se halla aún en un estado de unión con el mundo, pero una unión anterior al despertar de su sentido de la individualidad y de la realidad. El mundo exterior existe sólo como el alimento o el calor necesarios para la satisfacción de sus propias necesidades, pero no como algo realista y objetiva.

dejar la órbita protectora de la madre. Pero aún en el adulto maduro no desaparece nunca por completo la nostalgia de esa situación tal como existió en un tiempo, a pesar de que realmente hay una gran diferencia entre el adulto y el niño. El adulto tiene medios para subsistir por sí mismo, para cuidarse a sí mismo, para ser responsable de sí mismo y aun de otros, mientras que el niño no es capaz de nada de eso. Pero, teniendo en cuenta las crecientes perplejidades de la vida, el carácter fragmentario de nuestros conocimientos, la accidentalidad de la existencia del adulto, los inevitables errores que cometemos, la situación del adulto de ningún modo es tan diferente de la del niño como generalmente se cree. Todo adulto necesita ayuda, calor, protección que difieren de las necesidades del niño en muchos aspectos y en otros muchos se parecen a ellos. Es sorprendente encontrar en el adulto corriente un profundo anhelo de seguridad y arraigo, que la relación con su madre le proporcionaba en otro tiempo. No hay que esperar que no pueda librarse de este fuerte anhelo a menos que encuentre otras maneras de sentirse arraigado?

En psicopatología hallamos pruebas de ese fenómeno consistente en resistirse a abandonar la protectora órbita de la madre. En su forma más extrema, encontramos el deseo de volver al seno materno. Una persona totalmente obsesionada por ese deseo puede presentar el cuadro de esquizofrenia. Siente y actúa como el feto en el seno materno, incapaz de asumir ni aún las funciones más elementales de un niño pequeño. En muchas de las neurosis más graves encontramos el mismo deseo, pero reprimido, que se manifiesta sólo en sueños y en síntomas y conducta neuróticos, como consecuencia del conflicto entre el deseo profundo de seguir en el seno materno y la parte adulta de la personalidad, que tiende a vivir una vida normal. En los sueños, ese anhelo se manifiesta en símbolos, como el hallarse en una caverna oscura o en un submarino de una sola plaza; bucear en aguas profundas, etc. En la conducta de esas personas encontramos el miedo a la vida y una profunda fascinación de la muerte (en la fantasía, la muerte es el regreso a la matriz, a la tierra materna).

nia animal con la naturaleza. Después de haber satisfecho sus necesidades animales, es impulsado por sus necesidades humanas. Mientras su cuerpo le pide qué comer y qué evitar, su conciencia debe decirle qué necesidades cultivar y satisfacer, y qué necesidades dejar debilitarse y desaparecer. Pero el hambre y el apetito sexual son funciones del cuerpo con las que el hombre nace, y la conciencia, aunque potencialmente presente, requiere la guía del hombre y principios que aparecen únicamente durante el desarrollo de la cultura.

Todas las pasiones e impulsos del hombre son intentos para hallar solución a su existencia, o, como también podemos decir, son un intento para evitar el desequilibrio mental. (Puede decirse, de pasada, que el verdadero problema de la vida mental no es por qué enloquecen algunas personas, sino más bien por qué no enloquece la mayor parte). Lo mismo el individuo mentalmente sano que el neurótico son impulsados por la necesidad de hallar una solución, y la única diferencia es que una de las soluciones corresponde más a las necesidades totales del hombre y, por lo tanto es más favorable al despliegue de sus capacidades y a su felicidad, que la otra. Todas las culturas proporcionan un sistema modelado en el que predominan ciertas soluciones y, en consecuencia, ciertos impulsos y satisfacciones. Trátase de religiones primitivas, de religiones deístas o no deístas, todas ellas son intentos para encontrar solución al problema existencial del hombre. Las culturas más refinadas, lo mismo que las más bárbaras, tienen la misma misión, y la única diferencia está en que la respuesta sea mejor o peor. El individuo que se desvía de las pautas o patrones culturales busca una solución, no menos que su hermano mejor adaptado a ellas. Su solución puede ser mejor o peor que la que proporciona su cultura, pero es siempre otra solución al mismo problema fundamental planteado por la existencia humana. En este sentido, todas las culturas son religiosas y toda neurosis es una forma particular de religión, siempre que entendamos por religión el intento de resolver el problema de la existencia humana. En realidad, la enorme energía de las fuerzas que producen las enfermedades mentales, así como de las que están detrás del arte y de la re-

de crear, si no puede amar? Hay otra manera de --
 satisfacer esa necesidad de trascendencia: --
 si no puedo crear vida, puedo destruirla. --
 Destruir la vida también es trascenderla. --
 Realmente, que el hombre pueda destruir la vida es cosa --
 tan milagrosa como que pueda crearla, porque la vida es --
 el milagro, lo inexplicable. En el acto de la destrucción, --
 el hombre se pone por encima de la vida, se trasciende a --
 sí mismo como criatura. Así, la elección definitiva para el --
 hombre, en cuanto se siente impulsado a trascenderse, es --
 crear y destruir, amar u odiar. El enorme poder de la vo- --
 luntad de destruir que vemos en la historia del hombre, y --
 que tan espantosamente hemos visto en nuestro propio tiem- --
 po, está enraizado en la naturaleza del hombre, lo mismo --
 que la tendencia a crear. Decir que el hombre es capaz de --
 desarrollar su potencialidad primaria para el amor y la --
 vida no implica la existencia ingenua en la bondad del hom- --
 bre. La destructividad es una potencialidad secundaria, en- --
 raizada en la existencia misma del hombre y tiene la mis- --
 ma intensidad y fuerza que cuando tener que quiera otra pa- --
 sión*. Pero y este es el punto esencial de mi argumen- --
 tación no es más que la alternativa de la creatividad --
 Creación y destrucción, amor y odio, no son dos instintos --
 que existan independientemente. Los dos son soluciones de --
 la misma necesidad de trascendencia, y la voluntad de des- --
 truir surge cuando no puede satisfacerse la voluntad de --
 crear. Pero la satisfacción de la necesidad de crear condu- --
 ce a la felicidad, y la destructividad al sufrimiento, más --
 que para uno para el destructor mismo.

 * La formulación que damos aquí no contradice la que di-
 mos en *Ética y Psicoanálisis*, loc. cit., donde dije que
 "la destructividad es la consecuencia de la vida no vi-
 vida". En el concepto de trascendencia que aquí expon-
 go, intento mostrar más específicamente qué aspecto
 de la vida no vivida conduce a la destructividad.

Ex - criaturas

Juan Angel Italiano

Plaqueta digital
edicionesDELcementerio
2010

edicionesdelcementerio@yahoo.com.ar
<http://edicionesdelcementerio.blogspot.com/>